
La raíz de la crisis brasileña

Emir Sader*

Correspondía hacer esta exposición a la compañera María de Conceição Tavares, a quien, con mucha justicia, nos proponíamos homenajear en la reunión de hoy. Maria da Conceição es una portuguesa, refugiada del salazarismo en Brasil, que se incorporó a la CEPAL y fue discípula directa de Celso Furtado. Tuvo toda la trayectoria de una cepalina latinoamericana: se refugió en Chile, trabajó allí, ayudó a formar a una nueva generación de pensadores económicos latinoamericanos, luego retornó a Brasil y, para nuestra sorpresa en los '90 se incorporó al Partido de los Trabajadores (PT), lo cual representó un viraje teórico y político muy significativo, en el mismo momento en que generaciones que habían sido formadas por ella adhirieron a perspectivas económicas y políticas neoliberales. Para disgusto de ellos, Tavares (70 años) y Furtado (80 años) se incorporaron a la izquierda. Celso Furtado es uno de los grandes adherentes del Movimiento de los Sin Tierra (MST) en Brasil. Maria da Conceição Tavares alcanzó a ser diputada por el PT llegando a cumplir un mandato entero durante el cual desarrolló una destacada y notoria labor. Por lo tanto, estamos haciendo dos conmemoraciones a la vez.

Sin embargo, estando el lunes en un seminario sobre socialismo del PT en Brasil, ella comunicó que no podía venir. Es una falta que no se puede suplir. Incluso porque fue en ella en quien yo leí por primera vez la temática de la acumulación fi-

* Profesor de sociología de la Universidad de São Paulo y de la Universidad del Estado de Rio de Janeiro. Director del Laboratorio de Políticas Públicas, Universidade do Estado do Rio de Janeiro (LLP-UERJ). Coordinador del Grupo de Trabajo de Economía Internacional de CLACSO.

nanciera, una temática muy audaz, que hoy es indispensable para entender la hegemonía del capital financiero y las políticas de ajuste fiscal en nuestro continente.

Además, ella fue la mujer que elaboró, en 1985, un capítulo sobre cómo se reciclaba y se consolidaba la hegemonía mundial norteamericana en el mundo, al contrario de las apariencias que pudieran apuntar hacia direcciones opuestas: eventual hegemonía del capitalismo asiático o agotamiento de la hegemonía norteamericana en el mundo. Hace un año y medio salió en Brasil un libro titulado *Poder y dinero*, que es una nueva reflexión sobre la realidad, hoy indiscutible infelizmente, de la hegemonía norteamericana en el mundo.

Ella pidió que agradeciera los homenajes, envió tres artículos de los que se puede disponer acá, uno sobre “Globalización y estado nacional”, otro que ella llamó “Una gestión socialista de la crisis” y otro llamado “Subdesarrollo, dominación y lucha de clases”.

En consecuencia, voy a intentar, en base a anotaciones de ella, y en base a otras notas, suplir en parte la ausencia de su intervención.

Yo venía acá, más que nada, a buscar explicaciones de la crisis, porque en Brasil se dice que la crisis es argentina y en Argentina se dice que la crisis es brasileña. Yo pensaba que en algún punto intermedio, cruzando la frontera, tendría la visión lukacsiana de la totalidad, o podría saber efectivamente dónde está la crisis. Pero la teoría del chivo expiatorio es una teoría de una fuerza catalizadora periódica extraordinaria. Está claro que Argentina está al borde del precipicio, por lo que se dice allá, y acá –con justicia– se mira hacia los papeles en el mercado mundial y se ve que Brasil tiene una de las más bajas cotizaciones de los países latinoamericanos; entonces el riesgo es brasileño. En realidad, el riesgo es sistémico.

Pero hablando de Brasil, nuestro país llegó atrasado a este tipo de política, la liberalización financiera; justamente porque tuvo una temporalidad distinta que otros países latinoamericanos en las últimas décadas. Brasil se valió del privilegio del retraso, como diría Trotsky, para tener un desarrollo industrial más adecuado al nivel de internacionalización de la economía en los años ‘60 y ‘70. La Argentina tuvo una industrialización mucho más democrática, presionada por una redistribución de renta interna, con un movimiento sindical fuerte, y estaba menos preparada para la internacionalización de la economía de los ‘60 y ‘70.

Además, la dictadura militar brasileña surgió precozmente respecto de otros países de América Latina, no porque la izquierda brasileña fuera más fuerte, sino porque era más débil.

El golpe militar del ‘64 propició condiciones para un resurgimiento del crecimiento económico en Brasil, antes de que el capitalismo internacional entrara en crisis en los ‘70. Entonces, no tuvimos allá la situación patética de Perón buscando inversiones en Europa en los ‘70 y encontrando respuestas absolutamente

negativas, o dictaduras militares latinoamericanas con todas las condiciones internas prontas para recibir inversiones externas y chocándose con un ciclo largo recesivo del capitalismo en escala mundial.

Brasil tuvo una luna de miel, especialmente entre el '67 y el '73, en que pudo reciclar su economía e impulsar un nuevo ciclo de crecimiento económico interno, que hizo que aún después del '73 siguiera creciendo. No hubo niveles del 10, del 11 y del 13%, sino un nivel del 6, del 7, al contrario de la tendencia mundial; pero –sabemos todos– que generando una bomba de tiempo con el endeudamiento externo a intereses fluctuantes.

Si antes había inversiones, después del '73 había préstamos. Entonces Brasil ingresa, al igual que todos los países latinoamericanos, en la crisis de la deuda, la hipoteca económica de los '80 y de los '90.

Sin embargo, hasta los '80, Brasil había creado el mayor parque industrial de la periferia capitalista, de manera dependiente, desnacionalizada, con todo lo que se diga, sólo superada más tarde, ampliamente, por Corea del Sur, con muchas mejores condiciones que las brasileñas.

Sin embargo, hacia el '80, Brasil estaba presente en todas las ramas económicas importantes; incluso la informática, aunque en un nivel retrasado. No había perdido todavía la carrera tecnológica, cosa que lo caracterizó posteriormente, a partir del momento en que la hipoteca de la deuda pesó fuertemente sobre la economía brasileña, en los '80 y los '90.

Con eso se cruza el agotamiento de la dictadura militar, y con el hecho de que –como en todos los países latinoamericanos– hubo una hegemonía liberal en la redemocratización. Sin embargo, con un impulso popular y democrático muy fuerte desde abajo, surgió un nuevo sindicalismo, nuevos movimientos sociales, cierto democratismo radical que desembocó en la Constitución brasileña del 88, una Constitución claramente afirmadora de derechos, que se contraponía a la tendencia neoliberal en el continente. Mientras que en otros países ya se había creado un consenso interno neoliberal, en el Brasil el consenso era opuesto, era de rescate de la deuda social y de afirmación de derechos.

Por eso, Brasil aplaza el asumir políticas neoliberales, lo que recién empieza a ponerse en práctica de manera sistemática en los 90, con la elección de Fernando Collor de Melo, pero que se frustra por denuncias de corrupción; lo que hace que la reasunción de ese proyecto, por parte de Cardoso, tenga que hacerse en condiciones más difíciles. Difíciles por dos razones: Primero, porque ya se empieza a implementar el modelo, en el año mismo de la crisis mexicana. Es decir, ya Brasil no puede jugar con el cambio, como podía ser en otras condiciones, porque la flexibilidad del cambio mexicano había llevado a un descontrol; entonces, Brasil empieza con un déficit grave, con un cambio extraordinariamente sobrevaluado, que va a pesar fuertemente sobre sus decisiones posteriores. Y en segundo lugar, por-

que Cardoso no puede jugar a la Tercera Vía. No puede aparecer como Clinton, o como Blair, porque la parte sucia del neoliberalismo no había sido hecha por Collor; ya había sido empezada. Entonces, en verdad, Cardoso tiene que ponerse el traje de la Thatcher y hacer la parte sucia, en lugar de jugar con la carta de Blair, de Clinton, diciendo que “lo que está hecho, está hecho; tratemos de flexibilizar las cosas”. Es un regalo de lujo, como dijo Darcy Ribeiro, un candidato de lujo para la derecha brasileña, tener un intelectual como Cardoso poniendo en práctica un modelo parecido estructuralmente con el de México, con el de Menem.

Sin embargo, queman a un cuadro político significativo. No por casualidad hace un año y medio que Cardoso está con un piso de un 12%, de un 14% de aceptación; pero jugó su papel histórico. Y hay que entender que el hecho de que hayan reclutado a alguien como él indirectamente tiene que ver con la fuerza de la izquierda brasileña. La derecha no tenía más cuadros suyos, después que quemó a Collor. Hubo un momento en que Roberto Mariño, el poderoso propietario de la Red Globo, cuando cayó Collor, habría dicho: “Es el último hombre de derecha que logramos elegir en el Brasil”. Ello significaría que, o gana la izquierda, o cooptamos a alguien de la izquierda. Cardoso gana contra la izquierda, lo cual es grave, pero de alguna forma explica por qué fueron a buscar a un hombre con esas características.

¿Qué características particulares tiene la liberalización financiera en el Brasil?

Uno pasa de país a país, y no es muy reductivo decir que en el fondo el modelo es igual. No sería falso decir que el modelo es similar, hacer una exposición inicial con lo que hay de común y después cada uno apunta las particularidades. Las hay, pero en general el modelo es muy similar. Liberalización financiera y comercial, desregulación cambiaria, etc. Pero Brasil corre detrás de un proceso que ya estaba empezando a agotarse con la crisis mexicana. Entonces, creo que las dos particularidades de Brasil son: En primer lugar, una sobrevaluación extraordinaria de la moneda, cuando se hace el plan real, seis años atrás. La moneda está cotizada 0,85 respecto al dólar. La idea era flexibilizarlo más rápidamente, pero vino la crisis mexicana en diciembre y quedó eso con una flexibilización muy liviana, muy lenta, lo cual explica la crisis de enero del '99, cuando explotó la posibilidad de control de la moneda. En segundo lugar, las tasas de interés más altas del mundo. En eso, es un plan fundamentalista en términos monetarios. La atracción de capitales externos se hizo en base a los mecanismos más burdos de la tasa de interés estratosférica. En parte, porque Brasil llegó retrasado a la captación de recursos, y en parte porque Brasil en el '87 había decretado una moratoria, y con eso quedó medio alejado de la captación de recursos internacionales.

Entonces, Brasil tuvo que correr detrás de la recuperación de su buen nombre en el mercado internacional, y competir en desigualdad de situaciones con países que ya habían hecho en parte las tareas que el FMI había impuesto: Argentina, México, Chile. Pero eso sigue hasta hoy. Hay una fiesta porque ayer el Ban-

co Central bajó del 18,5% al 17,5% la tasa de interés brasileña. Es un absurdo, en comparación con otros países. La forma de captar recursos de Brasil no es en base al parque industrial que había constituido o a otras eventuales ventajas comparativas. Es un mecanismo estrictamente monetario, gravísimo.

Brasil fue uno de los últimos países en ingresar como mercado emergente. Tuvo dificultades enormes. Sin embargo, podría haber tenido condiciones de correlación de fuerzas internacionales, si no similares a China y a India, por lo menos un poco distintas en el marco de un continente bajo fuerte hegemonía norteamericana; pudiendo imponer una relación de fuerzas menos desfavorable. En parte por eso, es más grave la desarticulación del parque industrial brasileño. Porque Brasil tenía una competitividad internacional superior, incluso capitales nacionales de la industria, que le darían relativa protección o de apertura más regulada al mercado internacional, más gradual que la que se hizo a fines del '94.

Sin embargo, como el norte fundamental era la estabilidad monetaria, el slogan, el lema de que el ingreso rápido de capitales extranjeros elevaría el nivel de productividad de la industria nacional y bajaría los precios, fue un argumento muy fuerte que desarticuló una parte importante del parque industrial brasileño, al punto que Brasil vuelve a tener hoy día en el café, en la soja, en minerales, sus renglones fundamentales de la balanza comercial. Lo cual, como proceso de desindustrialización relativa de la economía brasileña, es muy grave, con ingresos que no saben cuáles son y sin saber hacia dónde van los capitales que ingresaron. Se trata de comprar empresas importantes como Vale do Río Doce, comprar papeles del gobierno o establecer un cierto nivel de industrias, pero con ventajas extraordinarias que los gobiernos federal y de provincias concedieron a esas inversiones. Ya fue mencionado por Orlando que la crisis financiera es expresión de la crisis clásica de superproducción industrial en el mundo. La industria automovilística es la que más claramente expresa esto. Sabemos que si desapareciera la industria automovilística norteamericana, no haría falta en el mundo esa producción. De tal forma, hay un potencial de excedente extraordinario, es un capital que circula en la esfera financiera. Brasil y Argentina fueron seguramente los países que más inversiones han recibido. Hubo 23 proyectos de industrias automovilísticas extranjeras, como si fuera un mercado con un potencial de absorción extraordinario. Ahora Volkswagen declaró que fue un error brutal, que por tres años no va a poner ni un peso más en la economía brasileña, y otros han suspendido sus inversiones y sus proyectos en el Brasil.

Aun así, ingresaron con ventajas fiscales extraordinarias. En verdad, con el capital neto que ingresó al país, la dinámica de préstamos brasileños fue creciendo rápidamente, al igual que la tasa de interés estratosférica, la misma tasa de interés con que Brasil seguía pagando la deuda que arrastraba desde los años '80. Una deuda que, al igual que en otros países, el gobierno brasileño estatizó, dio como garantía a las empresas estatales brasileñas. Una deuda privada en la época de

la dictadura, se ha vuelto deuda estatal. Brasil no tiene un déficit primario hoy en día, pero arrastra un déficit brutal traído desde aquella deuda. Ahora vuelve a aumentar su deuda en base, en gran parte, al endeudamiento privado, en gran medida porque las empresas privatizadas empiezan a remitir royalties al exterior y a fuerza de los nuevos endeudamientos de la crisis reciente. Pero lo esencial es que del '94 hasta ahora, la deuda pública brasileña se multiplicó por seis, como resultado de la altísima tasa de interés, que es la misma tasa de interés con que el gobierno paga sus deudas, una especie de *harakiri* que se hace (si fuera un técnico de empresa privada lo hubiesen echado), porque está definiendo la tasa de interés con la que va a pagar su deuda y escoge la más alta, porque es la misma tasa de interés con la que atrae al capital especulativo que le garantiza cierto nivel de estabilidad monetaria. Eso fue lo que explotó en enero del año pasado, cuando hubo una fuga brutal de capitales, no antes de haber propugnado fuertemente el capital extranjero que no se hiciera devaluación.

Sabían que iba a llegar, pero el tiempo que ganaron fue el tiempo en que sacaron la plata del país. Sin embargo, hay que confesar que los primeros que han sacado la plata fueron los inversionistas brasileños y después los extranjeros. Unos y otros debilitaron enormemente las reservas acumuladas por Brasil y de ahí para adelante el modelo está patinando, está empantanado, porque ya no ingresan capitales. Se está en un círculo vicioso y el modelo es fundamentalmente alimentado por esa atracción externa de capitales, básicamente capitales especulativos. Ahí Brasil resolvió como se sabe que resuelven: firmando un acuerdo con el FMI en los términos más clásicos posibles.

La primera elección de Cardoso se hizo bajo el fuerte impacto del plan monetario de estabilización del '94; la segunda se hizo apresuradamente. En la primera vuelta ganó por el 52%, antes de que explotara la crisis, mientras negociaba –y no lo confesaba– con el Fondo Monetario los acuerdos que finalmente firmaron en el '98 y que son acuerdos que atan las manos del gobierno brasileño por tres años. En cambio, de algo más de cuarenta mil millones de dólares para aguantar la reserva, Brasil tiene 36 mil millones, que es exactamente el monto de capital especulativo que está girando en la economía. Es plata que tiene que estar en el cajón, porque en el momento en que quieran salir tienen que responder por eso. Por lo tanto, Brasil está condenado a un estancamiento de tres años por lo menos, de los cuales ha pasado ya un año y medio. La promesa de que la economía volvería a crecer este año no se cumple –siempre es así, hay un período de promesas que sirve para encubrir las promesas no cumplidas del año anterior; en lugar de rendir cuentas de lo que no se ha cumplido, se proyectan datos más positivos para el año que viene. Entramos tempranamente en la época de decir: “Ya no crecemos a un 4%”, y seguramente para fines de año rebajarán todavía más el índice supuesto de crecimiento. Sin embargo, ya están proyectando de un 6 a un 7% para el año que viene, lo que es una mala recuperación de lo que se ha perdido en el '98 y en el '99.

No quiero ser básicamente negativo. Yo creo que en eso es fácil caer: en el fatalismo, el catastrofismo. Porque el capitalismo suele dar razón a los catastrofistas en los últimos años.

Tenemos que tomar al enemigo por su lado fuerte, como diría Brecht, para poder enfrentar una relación de fuerzas normal.

En términos económicos el único índice financiero y económico positivo es el índice de estabilidad monetaria. La moneda está estabilizada. Los otros índices van a ser comerciales. Incluso, la devaluación del año pasado tenía como contrapartida, supuestamente, un superávit comercial de 12 mil millones de dólares que no se ha producido; ni pensarlo. Y este año se está con un superávit de mil millones de dólares como máximo, a un año y medio de la devaluación. Esto es porque, una vez que se desarticula la capacidad exportadora, se desnacionaliza la economía y gran parte del capital que ha ingresado no ha sido dirigido a ramas exportadoras; se ha deteriorado enormemente la capacidad exportadora y competitiva de la economía. Entonces, Brasil es un elefante que se mueve muy lentamente y, probablemente, el próximo año y medio, cuando se termine el acuerdo con el FMI, no habrá perspectivas de resurgimiento del crecimiento económico.

Los elementos favorables a ellos no vienen de la economía, vienen de la ideología. Vienen de la dinámica social de fragmentación de la sociedad, en un país que tuvo siempre una tradición de poca organización social, de mucha fragmentación e informalidad. Aquello que se ha incrementado en la última década es la dificultad de organización social.

La ideología norteamericana de consumo, penetra en un país más débilmente organizado que Uruguay, Argentina o Chile de manera más devastadora. La interiorización de los mecanismos de consumo, de individualismo, es más fuerte que en otras partes. Sin embargo, Brasil tiene una izquierda que tiene su fuerza, su capacidad de cuestionamiento, y eso es lo que hace que Brasil sea probablemente un renglón muy frágil de la dominación capitalista en América Latina: su situación de estancamiento, el potencial económico que sigue teniendo y el potencial social y político que mantiene todavía.

No pretendo hacer justicia a la complejidad de la situación económica brasileña. Esto sólo describe el tema económico más que con el fin de analizarlo, con el objetivo de servir de referencia para un próximo debate.